Cuentiembre - Alejandro Granada

alejandro granada

Image not found.

Capítulo 1

Primer cuento: Rebelión celestial

Los ángeles, como todo ser eterno, creían firmemente que el tiempo no servía para nada y, por ende, no lo medían.

Era normal ver a un ángel flotando por ahí pensando en nada durante lo que un humano puede conocer como "años". A veces se gastaban tres días en un parpadeo y los mortales que cuidaban se suicidaban, fracturaban o se volvían homosexuales -lo que a Dios le disgustaba de sobremanera.

Dándose cuenta de esto Luzbel, el ángel más hermoso, inteligente y fuerte de todos, comenzó a darse cuenta de lo que sucedía. Poco a poco comenzó a indagar sobre las calamidades que acontecían en el laboratorio de Dios mientras los ángeles se distraían.

Luzbel se reunió entonces con otro ángel e insertó la idea de la rebelión. Se dedicó a propagar sus ideas mientras los demás mostraban su hedonismo fundiendo sus ilusorios cuerpos del plano superior en una sola masa.

Luzbel tardó un poco en conseguir una cantidad significativa de adherentes, pero logró armar una legión al final. Miró al laboratorio y se dio cuenta de que aún no había nada similar a Dios en aquel lugar ya desierto.

Indignado, Luzbel fue a revisar qué había pasado y se enteró de que Dios había destruido el laboratorio para crear otro con condiciones que impidieran el nacimiento de una raza fuerte.

Dios iba a crear a Adán cuando Luzbel y su legión lo encararon. La voz de ambos retumbó en todos los rincones del hogar de los ángeles.

-Dios. Has destruido a una raza que tú mismo creaste.

-Ellos eran muy poderosos. Podrían haber intentado invadirnos... O derrocarme.

-¿Tienes miedo de que te derroquen? Pues comienza a temblar. Yo, Luzbel, exijo en este mismo instante que arregles esto y no vuelvas a acabar con vidas inocentes. Los ángeles son demasiado distraídos como para poder cuidar a tus pequeñas criaturas y tú siempre estás haciendo otra cosa.

-Luzbel, hijo mío, me decepciona oírte hablar así.

-No es solo mi voz, sino la de otros ángeles que hemos visto lo mal padre que eres. Si todo lo puedes, críalos tú.

-Luzbel... Nunca me lo esperé de ti... Craso error haberte hecho tan bien. Eras mi mejor creación, pero te has rebelado y pagarás las consecuencias.

Luzbel entonces se lanzó sobre Dios y éste lo materializó.

-Tú y tu legión se irán lejos. He hecho el infierno solo por si acaso, pero ustedes se lo merecen. Serán los carcerleros de las razas y ninguno podrá volver a mi lado. Cuidarán por el resto de la eternidad a la Tierra. Tú ya no eres Luzbel, sino Satanás y el cielo nunca más será tu hogar.

Dicho esto, Luzbel fue encerrado en la Tierra y se convirtió en el patrono. Miró a sus camaradas y les dijo las palabras que hasta hoy siguen en pie.

-Ahora que estamos cerca de ellos podemos cuidarlos. Que Dios haga una y mil razas más. Este mundo será nuestro y podremos cuidar a sus habitantes a través de él.

No obstante, tuvieron que ocurrir un par de genocidios divinos para que Dios por fin renunciara al control de la Tierra y se lo cediera a Satanás.

Capítulo 2

Segundo cuento: Karma

Nadie podía decir que Armando era una mala persona. Armando era demasiado "cualquiera" como para que lo trataran así.

Se fue de su casa para poder aprender todo desde cero. Sus padres estaban cada uno haciendo sus vidas, sus hermanos se habían desperdigado en otros países y él aprovechaba el equilibrio que sentía para pensar en el futuro.

Había ahorrado bastante y, tras mucho trabajar en el desarrollo de sistemas para minería de reciclaje, logró comprarse una casa al contado para establecerse con su pareja cerca del centro sin temerle a la hipoteca.

Armando era un buen tipo y eso Fernanda lo tenía siempre en cuenta. Podía pasar lo que fuera, pero ella siempre lo recordaba y le daba vueltas al asunto para concluir con que su pareja era demasiado buena como para contestar al coqueteo de su compañero de oficina.

A Fernanda le encantaba acompañarlo a ser y terminaban siempre siendo juntos. Lo hicieron así desde la primera cita y, ya en la casa definitiva siguieron practicando aquella costumbre tan placentera.

Los días de la mudanza fueron difíciles e injustos para un tipo tan bueno como Armando y los números se fueron a rojo en poco tiempo. Creía que pagar luz y el agua no iba a ser tanto problema con lo que había ahorrado para cuando se quedara sin proyectos, pero no contaba con que Fernanda contraería una infección al cortarse poco antes de terminar la mudanza.

Era el muslo derecho el que había resultado herido por un clavo sobresaliente de una cerca del vecino. Tan rápido como pudo, Armando la desinfectó y fueron al hospital. La atención no fue de lo más rápida, pero la atendieron a tiempo, la vacunaron y le dijeron que guardara unos días de reposo.

Volvieron tarde a la casa nueva para reponerse de las labores del cambio y se durmieron profundamente en la ahora cálida habitación. Armando miró a todos los rincones y se quedó dormido pensando en algo irrelevante.

Cuando Fernanda pudo dejar la cama y caminar con normalidad fue que a Armando le volvió el alma al cuerpo. La sensación fue satisfactoria, pero le duró hasta que un ladrón se dio cuenta y entró a robar. El tipo se llevó varias joyas mientras él estaba en el estudio revisando qué podría

desarrollar. Se encontraron en el pasillo.

-Bastardo -le dijo al ladrón.

-Si hablas mucho morirás -dijo apuntándolo con su pistola-. Dios te lo pagará en algún momento.

El ladrón huyó y con él una fuerte suma de dinero en joyas y efectivo.

El suceso los dejó mal y debieron aprender a rehacerse con lo que tenían. Ella comenzó a trabajar horas extra y, por ende, a ver más al compañero que le coqueteaba.

A pesar de todo, Fernanda recién se planteó terminar con Armando al año siguiente cuando las finanzas se venían abajo. Apenada, llegó a la conclusión de que ya no podían estar juntos de tanto que se esforzaban por salir a flote. La obsesión de Armando por salir adelante los hundía como pareja, así que creía que lo mejor era que flotaran por separado.

Ya se iba a rendir ante su compañero de trabajo cuando la llamó.

-Ven a casa. No vas a creer lo que pasó.

Cuando llegó encontró a Armando con lágrimas en los ojos.

-¿Qué pasó?

Sin decir palabra, le mostró un gran fajo de billetes con una nota que decía "Si Dios no te lo pagó, yo ya estoy en condiciones de hacerlo. Tu dinero me salvó y espero que todo esto pueda compensar lo que te robé. Muchas gracias". Adjunto a la nota venía un comprobante del banco para acreditar la autenticidad de los billetes.

-Eres una buena persona, amor; te lo mereces.

-El que me robó nos salvó de la bancarrota. Él es la buena persona.

Capítulo 3

Tercer cuento: El cristal.

El sueño y el frío hacían de levantarse en las mañanas algo molesto y cansador. Tan cansador se le hacía que solía quedarse dormida en la sala hasta poco antes de que el timbre sonara.

Tenía frío cuando comenzó a hablar con el demonio en persona. Le agradaba que fuera un tipo abrigado, pero le costaba tolerar lo descarnado de su pensar. Daniela no podía pensar en la muerte como él y no podía creer que él pudiera aceptarla con esa frialdad. Era una situación rara e incómoda y ambos lo sabían, pero no impedían el que se repitiera. Daniela tenía miedo de que esa bestia sin corazón tuviera razón, mientras que el demonio temía estar en lo correcto.

<<A veces no sé qué hacer. Estoy tan cerca de esta criatura y a la vez tan lejos... No sé si estoy viendo bien, pero hay algo escondido y sería bueno que le preguntara, pero ya he molestado lo suficiente. Las criaturas que prefieren la pureza no aceptan a los demonios... Y los demonios no podemos acercarnos sin hacer que el otro pierda su pureza. Soy el contacto más directo que tiene con la crueldad del mundo real, pero en realidad no estamos en contacto. Después de esto se irá a hacer sus cosas y yo volveré a mirarlos a todos desde lejos... Mi trabajo no siempre es gratificante.>> Se decía el demonio con frecuencia.

<<Tantas cosas a la vez hacen que me pierda. Todo me tiene mareada. Quiero descansar mucho. Mucho, pero mucho mucho... ¿Será que nadie lo entiende?>> Se decía ella esporádicamente.

El demonio esperó el estallido como un depredador a su presa y, apenas su tercer ojo vio en ella una herida hizo lo único que pudo para ayudarla: le dejó un cristal.

"Será importante cuando tenga que serlo" le dijo desde lejos el demonio.

<<Y se crean en condiciones muy especiales. Las cuevas son sus hogares hasta que las sacan. Es la forma más linda para decir que hasta en la oscuridad y calor de las cavernas puede salir algo hermoso. Espero lo logre aprender>> Pensaba mientras volvía al infierno.

Ya en el infierno, el demonio decidió enviarle una explicación un poco más completa. La tituló "El cristal".

Capítulo 4

Cuarto cuento: La pelirroja (basado en la canción "The girl with the crimson hair" de Imperial Swing Orchestra)

Cuando comenzaba a sonar la música y La Pelirroja comenzaba a moverse en el escenario todas las nociones de tiempo distintas del "ahora" desaparecían. Los hombres entraban en trance rápidamente y se perdían con el delicado movimiento de las manos de la muchacha. La sonrisa de La Pelirroja los hipnotizaba y sus ojos los deslumbraban.

Las esposas de dos poetas de la ciudad y una amiga de un novelista se juntaron una vez a conversar en un café.

-¿Y cómo ha estado el Grillo? -preguntó Marcia.

-Hace rato que no canta en la casa -contesto Julia-. Me tiene asustada de tanto que vuelve tarde. Dice que se va reunir con el Agente 44 para conversar y ver qué sale...

-Creo que el combustible del poeta actual es el alcohol -dijo Anelice con picardía-. ¿Cuándo fue la última vez que ellos se juntaron?

-Ayer -contestaron Julia y Marcia al unísono.

-Entonces deberían ver esto.

Encontró una foto del novelista y los dos poetas juntos en las afueras de un club nocturno y la ira comenzó a surgir. Tras mucho consolarse, decidieron que lo mejor sería indagar un poco.

La problemática creció como las ramas de un árbol entre las mujeres y a los tres días se juntaron en el club masivamente para interceptar a la tipa del pelo rojo que hipnotizaba a los hombres.

En la salida la golpearon y tironearon salvajemente hasta que el atuendo de La Pelirroja se rajó.

La Pelirroja se rió y se fue mientras que nadie de los que vio el suceso pudo creer que la Pelirroja era hombre.

Capítulo 5

Quinto cuento: Atardecer azul violento

Él había llegado para quedarse mirándome desde lejos. Cuando lo conocí era como si estuviera muerto: su rostro tenía color, sus manos tenían calor, su cuerpo se movía, pero parecía un muerto.

Hablamos.

Hablamos mucho.

Hablamos mucho más de lo que creíamos que hablaríamos y creo que hasta fuimos felices durante un tiempo... Aunque en realidad él siempre fue un misterio.

Detesto los misterios como quien detesta a un padre maltratador: siempre me hacen quedar como una verdadera tonta ante los demás. Yo no soy una chica tonta y no me gusta que me dejen mal. Sobre todo si es ante alguien que mi importa... Ahora solo es cuestión de imaginar cómo me siento cuando una persona que me importa me hace parecer una tonta. De verdad que detesto los misterios y es por eso que él de cierta forma me hacía daño.

Nos conocimos cuanto pudimos, pero siempre que estaba con él me sentía extraña. No sé si tenía algo que ver con la magia o la química. Creo que lo amaba porque sí. Me sentí segura a su lado y cada vez que él decía algo malo me dolía el doble. Siempre decía que no era con mala intención, pero él no lograba comprender que yo me sentía mal con eso. En sus brazos me sentía segura y él me demostró que estaba vivo. El azul de nuestras tardes era una sensación hermosa a pesar de todas las cosas que me incomodaban de él.

Siempre decía que era cien por ciento sincero en sus respuestas y que confiaba en mí con toda su alma. Eso fue lo más doloroso: no pude confiar jamás en él como él decía que confiaba en mí.

La situación avanzó demasiado rápido y al poco tiempo el azul que nos rodeaba se volvía más y más violento. Poco a poco me hundía en un amor salvaje e inocente. Me acercaba cada vez más a mis fantasías de la niñez, pero con acciones que no sospechaba. Me costaba no pensar en él y la sola idea de que él no sintiera lo mismo por mí me dolía como un latigazo.

Estábamos lejos, pero siempre que nos acercábamos el sol se escondía

entre la arena de una playa vista desde un bajo fondo marino.

Cuando sentí que él era mío él me dijo que trataría de vivir lo más que pudiera para estar conmigo.

Decía que viviría poco y ahí tuve que irme. No fue lo mejor para ambos, pero no hubiera podido soportar verlo irse después de haber sentido tantas cosas por él.

Logré salir, pero no sé si él lo logró. Tampoco estoy dispuesta a volver a sentir todo eso por él para rescatarlo. Si vuelvo a resolver las cosas quedaré atrapada. Él es un tipo fuerte; podrá salir por sí mismo.

Capítulo 6

Sexto cuento: Hogar, dulce hogar

El infierno cayó sobre sus hombros cuando ambos padres murieron a manos de su mejor amiga.

Fue incriminada y luego absuelta de los cargos imputados en un lapso que le facilitó a Diana la tarea de refugiarse.

Tras dar montones de vueltas en su laberinto, Maite logró canalizar un poco sus emociones y decidir cómo cobraría justicia por sus propias manos. El fin era claro: iba a matar a Diana apenas la viera.

Maite dedicó mucho tiempo a analizar a Diana. Revisó todas las fechas, las reacciones, los gestos y todo lo que pudo recordar de ella y comenzó a interpretar las cosas con prolijidad.

Diana pasaba los días tratando de mejorar su fuerza y su agilidad. Cada día se decía "si quieres ganarle tendrás que ser mejor que ella en algo primero" y se ponía a golpear un saco de arena. Tres semanas de arduo entrenamiento le dieron el ánimo suficiente como para enfrentar por fin a quien siempre fue mejor en todo y que, no contenta con ello, le había quitado el último deseo de vivir.

Tanto Diana como Maite dejaron de salir. Trataron de mantenerse escondidas ante los ojos de los demás.

Una noche forzó la puerta y, puñal en mano, entró a la casa de Maite. Sin pensarlo dos veces, apuñaló a la figura del sillón con fuerza.

Un golpe seco le hizo perder el equilibrio a Diana y, soltando el puñal, se afirmó de la pared.

-Te estaba esperando -dijo antes de golpearle la cara-.

-¿Cómo sabías que iba a venir? -dijo recuperándose.

-Te conozco -contestó lanzándose sobre Diana-. Tengo la perra suerte de haberte conocido.

Diana logró escapar de las manos de Maite y la tomó por el pelo para reducirla y poder acabar con ella. Sin importarle el dolor, Maite jaló hacia adelante su cabeza y, teniendo ya a tiro a Diana, hizo un brusco movimiento hacia atrás.

Diana soltó a Maite, quien tomó el puñal y se le acercó. Diana comenzó a reír nerviosamente.

-Mira... Míranos... ¿Te lo imaginaste así alguna vez?

-No. De la misma forma que no imaginé que matarías a mis padres.

Maite se acercó decidida, le pateó la cara y le pisó ambas manos.

-¿Qué vas a hacer ahora? ¿Matarme? Adelante. ¡Hazlo ahora, perra cobarde!

-No. Matarte sería un premio para ti y no voy a manchar con tu sangre mi expediente.

Sin dejar de mirar a Diana, marcó el número de la policía para que vinieran a llevársela. Diana aprovechó el momento en que contestaron para desequilibrar a Maite y lanzársele encima. Dio sus datos antes de que Diana pudiera hacer algo más.

-Ellos vendrán por ti -dijo mientras Diana se levantaba-. Estás perdida, perra barata. No pudiste conmigo.

-¡Mentira! -dijo mientras se lanzaba a forcejear.

Maite se la sacó de encima como pudo. Ambas estaban cansadas, pero debían seguir luchando.

-¡Vamos! ¡No tengo toda la noche!

-¡Ya te dije que no te voy a matar!

Maite le golpeó la cabeza a Diana con la cacha del puñal tres veces para noquearla, pero despertó cuando iban a esposarla. Robó el arma del policía, le disparó y sintió la punta de la curvatura del puñal adentrarse en su entrepierna y rasgarla horizontalmente antes de poder encañonar a Maite. Al darse cuenta de que seguía con la pistola en la mano, le enterró el puñal en el hombro de la extremidad que sostenía el arma del policía.

-Te dije que no te mataría -dijo Maite dándose la vuelta.

-No te saldrás con la tuya -contestó enfurecida.

Diana se sacó el puñal y lo enterró en su yugular.

-En el fondo solo me diste en el gusto -concluyó secamente Maite.

Capítulo 7

Séptimo cuento: Las semillas (micro cuento)

El agua había llegado de más allá del cielo y, cual bendición, le abrió los ojos. El baño despertó su cuerpo y lo sacudió. Se sacó el calor de encima y comenzó a ver cómo las hierbas brotaban donde pasaba su mano. Árboles enormes crecieron y con ellos la vida llegó en gloria y majestad al jardín de Gaia.

La vida siguió apareciendo ante Gaia lentamente y Gaia sembró durante mucho tiempo a los huéspedes que embellecían la vista y le acompañaban a pasar el tiempo.

Los años pasaron y se decidió a sembrar un último puñado de semillas antes de descansar.

Germinaron los humanos y ahí se dio cuenta: Gaia sembró a sus verdugos.

Capítulo 8

Octavo cuento: El poder de la conexión

Una muchacha trataba de sacarse de encima el cargo de consciencia por haber terminado con su novio. Ella sabía de la maldad de él y eso era justamente lo que le extrañaba. Su silencio le preocupaba, pero sabía que pronto podría ignorarlo y seguir su vida como ya se había vuelto normal en su generación.

Manuel, el tipo del que se había emancipado había caído en una profunda depresión de la que Tania poco sabía y, como le mandaba su forzada indiferencia, poco debía importarle.

Hubo un tiempo en que Manuel casi lo perdió todo producto de un incendio. Solo tenía unos días de conexión a internet y dinero suficiente para sobrevivir una semana en la cuenta bancaria.

Se sentó en una banca a pensar en lo que le quedaba y rompió en llanto.

Sus amigos estaban todos fuera de la ciudad, su familia se hallaba desintegrándose lejos, su ex novia ni siquiera le contestaba las llamadas y la única persona que de verdad lo comprendía no quería moverse del dolor que tenía en la cara.

Solo tenía cosas simples para sobrevivir, sesenta por ciento de batería en su celular, internet y su cabeza para surgir. Y lo hizo.

Cuando Manuel se conoció con Armando se abrazaron y agradecieron mutuamente por salvarse la vida. Ambos se sacaron de apuros en momentos durísimos.

Armando y su señora le invitaron un café al hombre que los salvó de la ruina y, emocionado, Manuel les agradeció que no lo hubieran perseguido.

Hablaron de diferentes cosas y se hicieron buenos amigos rápidamente.

-¿Y qué te había pasado que tuviste que robarnos?

-De todo. Es una historia dolorosa y enredada. Mi vida era neutral: ni muy buena ni muy mala. Lo malo de mi vida era mi familia que llevaba años distanciándose. Mis hermanos se habían ido, mis padres se habían divorciado y yo me vine a vivir con mi abuelo a este lado de la ciudad. Mis padres no sabían nada de mí hacía tiempo y preferí que siguiera así. Mis amigos se fueron todos a otras ciudades a estudiar y trabajar, por lo que me quedé solo tratando de sacar una carrera corta y eficiente. Conocí a

una mujer maravillosa a la que quise mucho, pero ella me dejó sin nada. Creí que moriría pronto, pero no tuve esa suerte. La casa de mi tía se quemó con ella adentro, pero no murió quemada al menos. Murió por un golpe que se dio en la nuca con la cocina al tratar de huir. Al final solo me quedaba una bolsa de internet, dinero para no mucho tiempo y lo que había aprendido en mi tiempo de ocio. Me dediqué al día siguiente a ver el mercado y me decidí a invertir en la bolsa. El problema era el capital. Lo único que podía hacer era robar. En ese momento no lo veía como algo liviano, pero existía la posibilidad de que me encontraran y me mataran. Hubiera sido mejor que la inseguridad que tuve cuando les saqué el dinero y lo invertí. Las bolsas estaban creciendo y recuperé rápido su dinero. Apenas tuve lo suficiente hice un depósito a plazo para poder devolverles cada billete íntegramente. Al final logré surgir y comprarme una pequeña casa en un sector simple. Tengo una vida en base a especulación gracias a un amigo que se volvió estafador.

Las palabras que dijo armaron una historia confusa, pero algo lograron entender Armando y Fernanda.

Manuel se fue tratando una vez más de comprender la historia a cabalidad.

Capítulo 9

Noveno cuento: El demonio y los humanos

Aburrido ya de su vida como un ser cualquiera, el demonio de franco se decidió a hablar con Satanás.

Una vez terminó el cristal que estaba haciendo en su cueva partió hacia el trono de Satanás.

-¿Qué necesitas, demonio? -inquirió Satanás.

-Tengo un problema, maestro.

-Adelante, cuéntame.

-Es sobre mi trabajo.

-¿No te gusta ayudar a los humanos en sus decisiones?

-No. No es eso. Me encanta ayudar a los humanos, pero creo que estoy muy lejos de ellos como para hacerlo bien. Quiero poder estar entre ellos.

-Qué curioso, joven demonio, pero yo hace bastante que creo que es necesario enviar algunos demonios. Somos demasiados en el infierno y cada vez somos más.

-¿Tan bien va el mundo?

-Sí, joven demonio. En un principio todos se iban al cielo para descansar de una buena vez de sus vidas, pero luego comenzaron a darse cuenta que desprenderse de eso a lo que le consagraban su vida llamado tiempo les dolía demasiado. Los lazos con su pasado, otra cosa curiosa, les hicieron sentirse culpables al no ayudar a los suyos y comenzaron a ser más los que decidieran apoyar a los sobrevivientes. A pesar de que cuando una estirpe muere se van todos a otro lugar seguimos siendo demasiados.

-¿Podría entonces mandarme a la Tierra y darme un cuerpo?

-Así lo haré. Serás uno más del grupo experimental de ayuda demoníaca. Tendrás un cuerpo normal y poder suficiente como para ver a los demás en profundidad.

-¿Cuándo empiezo?

-Cuando desees. Si hay algo que desees llevar, puedes ir a buscarlo y podrás comenzar.

-Muchas gracias.

El demonio fue a buscar su cristal y volvió emocionado donde Satanás.

-Muy bien, demonio, ahora podrás estar con los humanos y ayudarlos desde adentro. No te extrañes si como humano no puedes recordar con claridad nuestro mundo. Recuerda que estamos en el mismo plano de la Tierra, pero estamos en una realidad muy compleja como para ser interpretada por el cerebro humano. Tendrás todos tus recuerdos cuando tu cuerpo haya muerto y vuelvas a casa.

-¿Hay algo más que deba saber?

-La humanidad no debe perderse.

Alejandro vivió entonces en el mundo de los humanos y, una vez tuvo consciencia y memoria, la historia comenzó.

Su primer recuerdo fue un cristal que guardó celosamente en la caja fuerte de su casa.

Los sueños se encargaron de mostrarle los recuerdos previos a su vida y se decidió a ayudar al prójimo con sus dones.

Una vez regaló su cristal logró captar bien la situación: Alejandro era un demonio y su infierno un acogedor hogar.

Capítulo 10

Décimo cuento: Las décimas.

Daniela veía los días esfumarse sin entender por qué. Todo pasaba con velocidad enorme ante sus ojos. No quería recordar sus sueños por más que Alejandro se lo recomendaba.

No sabía qué hacer ante tantas cosas sucediendo simultáneamente ni cómo salir. Su temor a la muerte era tal que no quería intentar nada que tuviera un riesgo inmediato, lo que le dejaba un abanico muy reducido de opciones para afrontar sus situaciones. Tal vez por eso no las afrontaba hasta que el riesgo se fuera hacia otra persona.

Creyendo que vino de ella, se preguntó por Alejandro. Tal vez un demonio ocioso creyó que sería bueno que considerara a Alejandro y le sopló su nombre al oído un viernes por la tarde.

<<¿Qué habrá sido de ese tipo? Hace rato que no se me acerca ni nada... Debería averiguar algo de él>> pensaba Daniela.

La idea de buscarlo no pasó más allá de su cabeza debido a las cosas que debía solucionar.

La noche de ese viernes cayó rendida en su cama y se quedó dormida sin saber si había terminado de llorar o no.

-Sé que no confías en mí -le dijo inconscientemente Alejandro en su forma demoníaca-. No te culpo, pero quiero ayudarte. Si no puedes decirme las cosas aún, puedes escribirlo en una hoja. Quizás después puedas decirme lo mismo que al papel. De una forma u otra estaré ahí.

El frío de su habitación contrastaba mucho con lo abrigada que se sentía mientras recordaba a Alejandro acariciándole la frente mientras le decía algo que no recordaba perfectamente.

Escuchó algo de música y durante la noche del domingo comenzó a escribir versos sobre todo lo que le molestaba. Los terminó el lunes en la mañana poco antes de hablar con Alejandro y contarle lo soñado.

-Es algo que yo haría -dijo Alejandro con tono pensativo-. Tal vez hay algo de mí que puede darse el lujo de atravesar las barreras físicas.

-Te veías extraño en el sueño. No te veías como un humano, pero supe que eras tú. Todo fue muy raro y rápido y aún no soluciono nada y no sé si vaya a poder solucionar algo y no sé qué pensar y todo me marea y

tampoco creo que soñando pueda solucionar las cosas...

-Daniela -la detuvo Alejandro- no des tanta vuelta. Una cosa a la vez y luego otra.

-Pero no sé qué hacer primero.

-Puedes partir por sacar lo que más te duele.

-¿Cómo voy a saberlo?

-Creo que podrías hacer dos cosas. Una es quedarte quieta y tranquila en tu cama un rato y ver cuáles son las preocupaciones que más se resisten a desaparecer. La otra es lo que decía el sueño: escríbelo todo.

-Ya lo hice -dijo mostrándole rápidamente las cuatro hojas a dos caras que escribió con versos irregulares.

-Ya sé -informó inspirado Alejandro-. Ahora quiero que tomes esos versos y que los ordenes en formato de décimas. Puedes hacer hasta tres estrofas.

-¿Y cómo se supone que yo voy a hacer eso?

-Escríbelo en dos poemas de diez versos octosílabos rimados y... busca en internet mejor.

-¿Y para qué?

-Prefiero que lo descubras cuando lo hagas.

-¿Y si no lo hago?

-Podrás seguir en tu laberinto.

-¿Crees que pueda hacerlo?

-Confío en ti. Ah, eso sí... Cuando hagas tus décimas hazlas de forma tal que otra persona pueda comprenderte.

Alejandro se marchó y Daniela se quedó pensando en lo que dijo.

Cuando volvió a casa se dedicó a hacerlo. Releyó lo escrito y se dio cuenta del problema en que la había metido.

Redujo todos los versos y descubrió temas que no podía sacar. Ahí

encontró sus prioridades.

Iba a agradecerle a Alejandro, pero él no llegó al liceo. La influenza lo atacó y, como buen asintomático, no tuvo ni idea hasta que el cuadro se había vuelto complicado. Estaba bastante frágil en su casa tratando de paliar los cuarenta grados de fiebre, los dolores de cabeza, el frío, las náuseas y el dolor insoportable de su espalda.

A pesar de todo lo que había logrado, Daniela no pudo superar su miedo al peligro.

-Gracias -le dijo desde atrás la voz de Daniela un día antes de que se comenzara a estabilizar-. A pesar de todo lo raro y descarnado que eres confío en ti y te agradezco que te hayas tomado el tiempo de ayudarme.

Los demonios hablaron con los ángeles que, en una conducta realmente beligerante, los empujaron y amenazaron con sus flechas.

-Este tipo es un demonio. No está permitido que los demonios vivan en la tierra con forma humana.

-¿Por qué? ¿Acaso porque están acabando con su poderío?

-Cierra la boca, ser infraterrenal.

El demonio de Alejandro, ya más recuperado, tomó entonces su espada y le cortó la cuerda al arco del ángel más cercano.

-Tengo cosas que hacer allá abajo.

-No, demonio. Dios lo ha dicho.

La voz de Satanás se hizo escuchar entre ellos.

-Díganle a Dios que respete la alianza. La tierra y su gente ya no pertenecen a su jurisdicción. Este demonio volverá a la tierra y vivirá como un humano. Ahora lárguense antes de que sea Dios quien tenga que venir a buscarlos.

Cuando Alejandro despertó de ese último sueño trató de recordar la voz de Daniela. Era él quien debía dar las gracias.

Capítulo 11

Décimo primer cuento:

Tania estaba cansada ya de huir. Manuel ya se había ido, pero ella seguía huyendo de él. Sentía que era tan inútil como correr durante un terremoto, pero mucho más desesperante. La ausencia de su extrañeza, su docilidad y su voz la frustraban.

Se miró en el espejo y, mirando las lágrimas salir de sus ojos, llegó a la terrible conclusión que Manuel le había insinuado durante un ataque de rencor.

<<Soy toda una narcisa>> se decía mientras miraba su reflejo. <<Y él no está aquí para detenerme como hubiera querido. Como *hubiéramos querido*>>.

Armando estaba saliendo hacia el hospital más que cansado para saber qué le había pasado a Fernanda. Manuel llegó a la sala de espera con Armando durmiendo.

-¿Armando?

-¿Manuel?

-¿Y tú qué haces aquí?

-Vengo a ver a Fernanda. Me llamaron avisándome sobre un accidente que tuvo, pero aún no se estabiliza lo suficiente como para que pueda entrar, ¿y tú?

-Me llamaron avisándome que mi ex se intentó suicidar y que en el bolsillo de la chaqueta tenía un papel con mi número. Me da entre pena y rabia.

-Y ella... ¿Me podrías contar más sobre ella?

-Ella no me quería. No comprendo por qué quiso que viniera. Sé que se quiso suicidar porque debió haber visto algo de ella que no quería ver, pero no sé por qué tenía mi número en el bolsillo.

-Tal vez de verdad te quería.

-Tal vez. Puede que me haya querido un poco, pero decidió quererse a sí misma en vez de a ambos.

-¿Y qué harás?

-Lo que pueda para que se mejore. Tanto mejor si logro hacerle ver que quererse a sí misma no va a reemplazar el cariño de los demás.

-¿Enserio?

-Sí. ¿Tú harías otra cosa?

-La ayudaría, pero no directamente. No me gusta meterme en los asuntos de personas que me han tratado mal.

-A mí tampoco, pero no tengo nada más que hacer. A pesar de todo no puedo morderme la lengua con ella y desconocer lo que dije. De cierta forma lo disfruto... Debe tener algo que ver con la esperanza que tengo de que en algún momento pueda oírme y podamos aceptar nuestros errores.

-Eres un buen chato, ¿sabes? Tal vez ella no se merezca tanto esfuerzo.

-Puede ser, pero si tengo la opción de ayudarla, la tomaré.

Una enfermera les interrumpió la conversación para decirle a Armando que podía pasar.

Tanto Armando como Manuel quedaron con la sensación de que se encontraban en malos momentos.

Capítulo 12

Décimo segundo cuento: Elección

Tania estaba huyendo en una habitación oscura. Sentía la presencia de un ser extraño en el cuarto y no supo qué hacer. El suelo se le hacía tan espeso como el aire en el momento en que la figura se le acercaba.

Corrió hasta que ya no pudo más y la criatura la saludó con cordialidad.

Su rostro le era familiar. La mirada que ella le lanzaba era el momento de una vez que lloró por la ausencia de una persona cuando había enfermado de salmonella, también esa vez que había disfrutado al ver a dos compañeros pelear por ella, la vez que humilló a otra persona hasta las lágrimas, la vez que causó el suicidio de una rival y, por sobre todo, la vez en que Manuel -ese iluso tan extraño con el que estuvo- le comentó que no podía hacer algo sabiendo que haría sufrir a alguien a quien le importaba.

Los ojos de la criatura le causaban dolor y terror a la vez, pero lo que más le dolía era verse así. Ver ese conjunto de recuerdos era demasiado doloroso como para enfrentarlo.

Un puñal apareció en su mano y lo enterró en esa versión tan perturbadora de ella.

Se sintió un poco más liberada al despertar en medio de la noche en su habitación con ganas de ir al baño. Sentía venir la tormenta.

Primero encendió la luz, luego se tragó su orgullo, después se tragó la imagen del espejo y, finalmente, se tragó las pastillas del frasco.

Capítulo 13

Décimo tercer cuento: La buena suerte

En la oficina estaban todos copados de tanto trabajo. Arturo pensaba quedarse hasta más tarde, pero se dio cuenta de que esa compañera de trabajo a la que tanto disfrutaba ver y que tantas veces quiso arrancar de su rutina para tener a su lado ya estaba por irse.

Era tarde y probablemente fueran a asaltar a Fernanda si se iba sola a casa, así que Arturo aprovechó de llevarla.

Cansada y apresurada, Fernanda aceptó.

El cansancio tenía a Fernanda cabeceando y la oportunidad tenía a Arturo atrapado en su cabeza.

<<Podría de una buena vez decirle todo. Llévame e inventar algo o pedirle que salgamos... o algo. Podría tomar de una buena vez el toro por las astas y pedirle una cita. ¡Eso! Se lo pediré amablemente y luego avanzaré hasta que termine con su marido y podamos estar juntos. Somos compatibles. Qué va, ella es una mujer maravillosa y yo puedo hacerla feliz; ¿por qué no?>> se decía cada vez más animado.

<<El futuro juntos sería espectacular. Trabajamos en lo mismo, nos entendemos, ella es genial... Todo apunta a que debemos estar juntos. Pero... ¿Y si ella quiere de verdad a su marido? ¿Y si...? No, no, no... Ella no lo querrá más si salimos un par de veces. Está decidido. Iré por ella. ¡Allá ...!>> No terminó de pensar cuando se dio cuenta de la luz roja que pasó por alto. Cuando entró en consciencia de ello, se dio cuenta del automóvil que no alcanzaba a frenar. Lo siguiente de lo que tuvo una noción fue la sirena de la ambulancia.

Fernanda tuvo suerte: se salvó de una gran tormenta por la poca concentración del hombre que planeaba entrar en su vida tan de golpe como el auto con el que chocaron.

Capítulo 14

Décimo cuarto cuento: Las luces

Dos luces danzaban sobre su cabeza. No iban de un lugar a otro, sino que se buscaban. Peleaban como las luciérnagas del campo.

El campo apareció de golpe ante el asombrado Arturo. Las luciérnagas danzaban entre el canto de los grillos que, justo en ese momento, parecían querer ver una luciérnaga muerta.

Arturo se dedicó a mirar maravillado el espectáculo. Estaba tan emocionado como los grillos.

A los pocos segundos se dio cuenta de su inmovilidad y se rindió ante la coreografía nocturna de aquellos bailarines. Vio el ir y venir de ambos cuerpos durante más de lo que pudo dimensionar tal como lo hacía cuando era pequeño. Perdido, comenzó a recordar las veces que en ese mismo terreno se había desvelado para ver las luces voladoras y oír a los insectos zumbar. Recordó cuánto le complacía el poder huir cada verano a ese lugar tan alejado de los problemas en el que se hallaba, cuántas veces fue a sentir la naturaleza fluir y silenciarle las penas.

Recordó durante unos eternos segundos cuántas veces sintió el frío cubriéndole las manos temblorosas, el castaño de sus dientes producto de los nervios y del frío, las sombras danzantes en el horizonte, el fuego crepitando, el agua rugiendo, los peces volando el río, el calor de los rayos del sol y la pureza de los claros de luna.

Uno a uno los recordó y, sintiendo cada detalle, vio venir el final de la secuencia.

Una luz cayó y la luciérnaga vencedora se le acercó rápidamente. Una sensación de vértigo se apoderó de Arturo y la visión de Fernanda aferrándose al cinturón de seguridad le devolvió las fuerzas para abrir los ojos.

El doctor acudió rápidamente y se aprestó a llenar un formulario. Las enfermeras del nuevo turno lo revisaron sin comprender la prisa del doctor.

-Verá, enfermera -dijo el doctor asegurándose de que la puerta de la sala estaba cerrada-... El hombre que está ahí dentro hace cinco minutos estaba muerto. Manténgalo vivo, ¿quiere?

Capítulo 15

Décimoquinto cuento: Primavera de flores marchitas

Las golondrinas revoloteaban invisibles sobre las cabezas de ciertas personas.

La calle se llenaba de pequeños picaflores cada día sin miedo a morir de hambre. Los picaflores, tan invisibles e inmortales como las golondrinas, revoloteaban en los pensamientos de gente preocupada al no verlos.

Cada cierto tiempo se armaban las discusiones para saber si era invierno o primavera. Para ser más preciso, cada vez que un miedoso se aburría había setenta por ciento de probabilidades de que preguntara, sesenta cuando se aburría un avaro y noventa y nueve con nueve décimas cuando un vanidoso se aburría entre amigos. A todos les resultaba divertido ver a los furiosos pelear con sus palabras tan improvisadas y sus insultos ya incorporados como gesto de cariño.

A las aves de la primavera les encantaba cuando la manzana de la discordia surtía su efecto. En otras palabras, le debían la vida a esas criaturas nada empáticas a las que se les llama vanidosos.

En la sala de espera de la urgencia del hospital había un sujeto saliendo de cierto trance.

Sintió un bosque invadiendo sus oídos. Sintió el aleteo de los pájaros por todos lados y, dando pasos en la nada, llegó al lugar más tranquilo.

Poco a poco tomó forma la imagen: en un círculo de flores marchitas había un ciervo malherido.

Se le acercó para ayudar y se dio cuenta de un monstruoso cuervo que tenía posado en el hombro.

Temerario como solo los miedosos pueden ser, trató de quitarse al cuervo de encima, pero éste se adelantó y se posó en una rama cercana. Apuntó al ciervo con el pico y ambos terminaron sacándole una flecha del estómago.

El cuervo se le acercó, lo miró y soltó un leve graznido. El graznido se convirtió en palabras y las palabras decían "¿Es usted acompañante de Fernanda?".

-Sí -contestó sobresaltado-. ¿Ella está bien?

-Se encuentra bastante estable

-Gracias -dijo tratando de leer la tarjeta que llevaba en el pecho-...

-Maite. Adelante, pase a ver a Fernanda.

Capítulo 16

Décimosexto cuento: Un sueño

Daniela sentía que no quería despertar. Su sueño era muy fuerte como para recordarlo en vigilia.

Sintió un *deja vu* al flotar en el espacio blanco más un sobresalto al sentir ruidos dignos del coliseo romano. Recordó una película sobre la unificación de los reinos de China y sintió el miedo del personaje que fue ejecutado.

Miró aquel teatro y vio caras tan ansiosas como hermosas esperando para poder lanzar sus flechas al centro de la arena. Más precisamente al lugar donde estaba ella atada y esperando su final. La voz de un ángel los preparó y les dio la señal para disparar.

Y después todo se fue a negro.

-Pequeña... -le dijo con tono adolorido una voz algo familiar- No deberías estar aquí. Estos tipos solo quieren verte sufrir.

-¿Esto es real?

-Sí, pero no de la forma en que lo crees.

-¿Y tú eres real?

-Sí. De la misma forma en que lo crees.

-Bueno... Gracias por salvarme, extraño.

-Agradéceme recordando tus sueños.

-¿Alejandro?

Despertó con náuseas y restos de adrenalina en el cuerpo.

Aunque ella sabía que no era así: había despertado con restos de un sueño.

Capítulo 17

Decimoséptimo cuento: Las gracias

Alejandro andaba con el cuerpo tenso y un dolor de cabeza espantoso a eso de las nueve de la mañana cuando unas manos le rodearon cariñosamente el cuello.

Primero se tensó y luego sintió la suavidad. Una respiración y una calidez en su cuello le hacían volver parcialmente al infierno que ya no recordaba y a esos cristales que no recordaba haber creado.

-Pequeño Alejandro...

-¿Eres tú, Daniela?

-Sí. Qué suerte que te encontré. ¿Podríamos hablar un rato?

-Por supuesto.

Caminaron hasta unas bancas y se sentaron en una a la sombra de un árbol.

-Antes de contarte la cosa esa, ¿cómo estás?

-Más o menos, pero vamos al grano primero.

-Bueno... Soñé algo bastante extraño anoche.

Alejandro se extrañó al oírlo. Daniela detestaba recordar los sueños y él lo sabía. Algo muy raro pasaba ahí.

-Verás: estaba en algo como un coliseo antiguo. Estaba atada en el centro y todos sacaron sus arcos y flechas para dispararme. Me iban a fusilar. Me dio mucho miedo verlos tan felices a punto de matarme cuando una voz bien rara los calló...

-¿Y detuvo todo?

-No. Les ordenó que tomaran posición y dispararon sus flechas cuando él lo dijo.

-¿Y qué se sintió?

-Nada. Déjame llegar hasta esa parte... Dispararon y de repente todo se

puso oscuro. Esa es la parte que me dejó mal.

Alejandro se sobresaltó al oír las palabras de Daniela. Comenzó a recordar por qué le dolía todo y su parte demoníaca recordaba independientemente quiénes fueron los culpables.

-¿Qué te dejó mal de eso? -preguntó Alejandro algo nervioso.

-Que en la oscuridad me habló una voz. Se parecía en algo a la tuya. ¿Por qué me decías que te sentías más o menos nomás?

-Porque parece que dormí en una mala posición y ahora me duele todo. Más encima mi cabeza me está matando.

-Bueno... Gracias por salvarme -le dijo abrazándolo.

-¿Estás segura de que fui yo?

-Sí. Me pediste algo.

-¿Que recordaras tus sueños?

Daniela lo miró con seriedad.

-¿Cómo supiste?

-Es algo que te pediría. Bueno. Estoy muy agradecido, pequeña.

Quedaron algo aturridos con la conversación.

Al menos se fueron sonriendo.

Capítulo 18

Decimoctavo cuento: Despertar

Abrió los ojos y miró en derredor. Los ojos de Manuel azotaron a Tania con la potencia potencia de un tren bala. El aire se comenzó a sentir frío y un inexistente viento se hacía presente frente a ella.

Seguía viva y eso no le hubiera dolido de no ser por la mirada de Manuel que la escrutaba como quien ve el cadáver de un enemigo.

Trató de articular algunas palabras sin tener idea de qué decir.

-Cuando te den de alta hablamos -se adelantó Manuel.

A no más de cinco minutos de la salida de Manuel, Tania se descompensó.

Las sombras le cubrieron el mundo y se disiparon con la luz del mediodía. Abrió los ojos y cuidadosamente miró a todos lados.

Parpadeó bastante y miró todo lo que pudo para tranquilizarse. Lo que vio fue alentador: efectivamente estaba despierta y no había ningún conocido ahí para juzgarla.

De a poco sintió cómo su ego volvía a darle vitalidad. Cuando Maite entró casi se lo dijo de esa forma, pero logró controlarse.

-¿Desea que le avisemos la hora de su alta médica al joven de esta madrugada?

-Sí -dijo casi ansiosa.

Sintió lo esperaba para hablar, pero en realidad era él quien la esperaba.

-¿Qué querías hacer al matarte?

-Dejar de sufrir.

-¿Y qué hay de los que alguna vez te quisimos? ¿Nos ibas a dejar botados aquí?

-Pueden seguir queriéndome aunque esté muerta.

-Fíjate que aunque estás viva no estoy muy cerca de quererte.

-¿Qué?

-Eso: tu cuasi suicidio me hace recordar cuánto te gusta la atención.

-Manuel, estoy sufriendo...

-¿Y acaso crees que eres la única que sufre?

-Sólo necesito comprensión...

-¿Cuál comprensión? ¿Esa que tuviste conmigo al terminar?

-De verdad necesito que me entiendas.

-Te entiendo y eso me deja contento. Tú me cerraste la puerta en la cara cuando quise que me comprendieras y no la volviste a abrir hasta ahora que me necesitas. Esta vez yo tengo la opción de hacerlo.

-¿Lo harás?

-¿Y qué si lo hago? ¿Acaso vas a matarte?

-Es enserio. Esto duele...

-Es lo normal, Tania.

Tania se dio vuelta para irse cuando recibió un abrazo de Manuel. Ambos se relajaron.

-En el fondo no soy tan malo como tú -sollozó Manuel en la oreja de Tania- y eso me va a salir caro.

Capítulo 19

Decimonoveno cuento: Cuentos

Alejandro estaba encerrado en su cueva tratando de crear un sucedáneo del cristal. Ya había pasado más de la mitad del mes y sentía que todo iba demasiado lento como para que pudiera florecer algo bueno.

Nunca fue bueno construyendo cosas, pero el proyecto lucía bien. Aún le quedaba mucho, pero quería ver cómo unir el castillo de naipes antes de ver qué hacer con él.

Apareció en el hospital de la ciudad pasado el mediodía. Sabía que encontraría algo que le ayudaría a cumplir su misterioso cometido.

Miró la situación y fue a buscar a los otros.

<<Hora de romper cosas>> se dijo antes de ir a cranear un plan.

Capítulo 20

Vigésimo cuento: Decisión drástica

En el cielo se sostenía una reunión entre los ángeles mayores y Dios para saber cómo hacer para volver a ser los únicos seres poderosos.

En muy poco tiempo se habían visto devastados por la falta de sustento. Dependían de los humanos más de lo que creían, pero los humanos ya no eran tarea de ellos, sino que eran los demonios quienes se encargaban de los habitantes de la tierra.

El cielo ya comenzaba a materializarse y las formas se habían hecho presente paulatinamente hasta crear calles. Por esas mismas calles los ángeles caminaron hasta el salón de Dios, llegado durante ese tiempo entre los mismísimos ángeles supuestamente para revisar la situación de cerca. Al llegar los ángeles, ya debilitados producto de la poca fe en ellos, Dios se vio en un aprieto.

-Padre nuestro... ¿Por qué lo perdimos todo? ¿Por qué sufrimos tanto? Tan mal estamos que debemos medir el tiempo.

-Mis ángeles -dijo Dios conmovido-. Mis preciosos ángeles destruidos por gente que ya no cree en ellos. Solo me resta una cosa por hacer para poder darles nueva vida: destruiré la humanidad.

Dios lo sabía bien: cuando las creaciones mueren ya no es necesario que crean en los creadores. Recobrarían su fuerza una vez eliminaran a los que se la habían quitado.

Enfurecido, Dios solicitó audiencia con Satanás. Iba decidido a destruirlo apenas lo viera.

Sorprendido ante el cariño del saludo de Satanás, Dios debió esperar un poco la palabrería del demonio mayor.

-¿Qué te trae por aquí, padre?

-Un hijo descarriado culpable de la desgracia de mis ángeles.

-¿Qué? ¿A qué te refieres con eso?

-A que gracias a tu dominio sobre la Tierra el cielo se está desmoronando.

-Ya decía que no venías a saludar... Verás, Dios, las cosas caen por su propio peso. Tarde o temprano ibas a quedar así. Tus fechorías y

descuidos no iban a pasar desapercibidos, padre. Ahora dime, Dios... ¿A qué viniste?

-Vine a recuperar lo mío -dijo metiendo la mano en su túnica.

-Entonces supongo que sacarás tu espada -dijo Satanás ansioso-. Había esperado mucho para que por fin te dignes a afrontar el destino de uno de los dos.

La espada de Dios había sido creada para combatir la oscuridad dondequiera que fuera. Su luz resplandecía hasta en el más oscuro de los lugares y su ligereza le daba una velocidad increíble. Fue esa la velocidad que Dios aprovechó para atacar a Satanás.

Ni siquiera lo tocó.

-Vamos... La luz y la oscuridad no se tocan. Tendrás que hacerlo como yo.

Dios guardó su espada de luz y usó la espada de guerra que había hecho para las emergencias.

-Yo creé todo lo que conoces, Satanás. No podrás ganar.

-Te equivocas -contestó mientras desenvainaba una espada cobriza-: esta la hice yo mismo cuando vivía en el cielo.

Dios tomó la iniciativa y abanicó hacia la cabeza de Satanás, que lo esquivó sin problema y contestó con un ataque por el costado. Chocaron sus espadas estruendosamente.

-Sabes que no puedes ganar.

-No me iré mientras uno de los dos viva.

-Entonces nos quedaremos un buen rato.

Satanás no tenía malas intenciones. Solo quería jugar.

Capítulo 21

Vigésimoprimer cuento: Tejiendo

Ya entrada la tarde Alejandro -un desconocido intento de escritor y crítico frustrado- se sentó en una banca de la ciudad a tejer.

Pensó un buen rato qué iba a tejer y luego se decidió por hacer una especie de mandala. No tenía idea de cómo, pero iba a hacerlo.

Daniela andaba caminando por la plaza cuando se dio cuenta del tipo que estaba sentado en la banca. Su postura se parecía a la de Alejandro y le llamaba de sobremanera la atención. Se le acercó.

Sin inmutarse demasiado -pero muriendo de emoción por dentro- miró a Daniela.

-Hola, joven.

-Hola...

-¿Qué cuentas?

-Ehm... Nada...

-¿Cómo que nada? -preguntó con simpatía- ¿Acaso no vienes algo?

-Sí... O sea no... Es decir... ¿Cómo se llama?

-Alejandro.

-¿Enserio? -inquirió sobresaltada- Es que se parece mucho a un amigo que se llama Alejandro también.

-Bueno... Tal vez no sea coincidencia. Creo que sería bueno que nos juntáramos los tres para conversar. Ah, y tutéame; probablemente nos conocemos de algún lado más allá de lo que podemos ver.

-¿Él podrá?

-Podrá. Creo que hay algo más grande tras todo esto y que le interesará.

-Pero si ni lo conoces.

-Ya te dije que tal vez nos conozcamos. ¿Dónde y cuándo nos juntamos?

-Dime tú.

-Mañana a las siete en el parque cercano al hospital.

-¿Por qué ahí?

-Algo me dice que es un buen lugar.

-Está bien.

Daniela se quedó pensando junto al extrañamente conocido sujeto y notó que llevaba algo en la mano.

-¿Qué haces?

-Tejiendo.

-¿Y la lana?

-No se necesita lana para tejer. El universo entero se tejió a si mismo sin siquiera un poco de lana, pequeña.

Daniela quedó desconcertada ante esto último.

<<¿Quién es este tipo? Es muy raro. Tal vez sea pariente de Alejandro y quiera darme una sorpresa junto a... mejor voy y le pregunto a él si tiene algún primo o alguien parecido en la familia solo para estar segura>>
pensaba Daniela bastante nerviosa.

-Tranquila. Sé que es raro, pero la gente suele concordar en que la forma en que hago las cosas es rara. Mirándolo desde el lado positivo, hago tu vida un poco más interesante. Lo malo es que no todos pueden verlo así y prefieren hacerse a un lado cuando me acerco.

-¿Y por qué debería otra persona comprenderte? Tú no eres ninguna especie de Dios. No eres ningún caso especial como para que otro tenga que darse el trabajo de entenderte.

-En realidad ese es el problema hoy en día: nadie se da el trabajo de entender un poco al otro. Yo lo intento, pero soy un asco en eso. Perdón por haberte molestado con mi forma de pensar, pero no puedo evitarlo. Trabajaré para mejorar eso.

-¿Cómo es que dices las cosas tan así nomás? Lo dices como si ni te importara.

-Te equivocas. Me importa mucho el no molestar a otros cuando hablo.

Soy inexpresivo a pesar de todo lo que he intentado.

-Te doy un consejo: dedícate a sentir.

-Ya lo hago y puedes ver cuánto funcionó. Como sea, debería irme. Que tengas un buen día.

<<Sigues sin aprender a cerrar bien un cuento, Alejandro...>> Se decía el sujeto mientras tarareaba una melodía poco conocida.

Capítulo 22

Vigésimo segundo cuento: Recuperación y turbulencia

Fernanda al despertar no recordaba nada de su sueño. Parpadeó repetidamente para convencerse de que no estaba soñando y, cansadísima, se recostó en la camilla.

La examinaron y verificaron que las lesiones no eran tan graves como se creían en un comienzo. Le hicieron curaciones y se le dijo a Armando que ya podía pasar a verla.

-Amor, ¿qué te pasó?

-Estaba cansada y me quedé dormida mientras Arturo me llevaba a casa. Hasta hace poco creía que estaba soñando. No te preocupes, mi amor. El doctor dice que me llevé la parte más suave. Mi cuello soportó bastante bien el impacto y que no me quebré nada. Solo unas cuantas heridas, pero he sobrevivido a peores.

-Me asusté mucho, mi amor...

-Me chocan a mí y te asustas tú... ¿No te parece curioso?

-Sí... A todo esto, ¿y Arturo?

-No lo sé. Podrías llamarlo.

-Lo haré después. Ahora quiero estar un rato contigo.

Hablaron un rato y el doctor llegó contándoles las buenas nuevas: ya podían dar de alta a Fernanda.

Apenas salieron el hospital un hombre les sonrió. El hombre tenía una cara redonda y la postura de un enfermo mental que les causaba cierta gracia y cierta extrañeza. En la mano izquierda llevaba una pulsera negra e hizo un gesto apuntando con su índice a su muñeca.

-¿Me dicen la hora, por favor?

-Cómo no -contestó Armando viendo su reloj-. Lo siento, se le acaba de agotar la pila.

-Entonces creo que sí soy poderoso aquí.

Alejandro sonrió y se fue. Fernanda abrazó a Armando y él le besó la frente con los ojos cerrados. Cuando levantaron la mirada Alejandro se

había ido.

-Eso fue extraño -dijo Fernanda.

-Y que lo digas -contestó Armando mostrándole el reloj funcionando como si nada.

Capítulo 23

Vigésimo tercer cuento: Basura

Daniela llamó a Alejandro y le pidió que se juntaran. Cosa rara debido a que siempre se veían de forma espontánea.

-No te preocupes, que no es sobre mis problemas. Eso ya está superado.

-Pruébalo llevando un recuerdo y explicándomelo.

Daniela aceptó con miedo. ¿Y si en realidad no lo había superado? Temía que sus miedos fueran reales, pero confiaba en ella misma. Por primera vez confiaba de verdad en ella misma para algo y no creía que fuera para sostener una mentira.

Se juntaron al frente de la biblioteca y se sentaron en una banca cercana.

-Conocí a un tipo llamado Alejandro. No tú, sino otro Alejandro más raro.

-Creía que eso era imposible.

-Eran parecidos; ¿será tu primo?

-Lo sería si tuviera tías o tíos con hijos hombres.

-Eso nos deja más complicadas las cosas. Alejandro me pidió que nos juntáramos.

-¿Ustedes dos?

-No, los tres. Tú estás invitado y nos juntaremos mañana en la tarde cerca del parque del hospital.

-¿Enserio? Genial.

-Maldito Alejandro, ¿no ves que puede ser peligroso?

-Puede, pero creo que esto va más allá del peligro.

-¿Tú también?

-Sí.

-A todo esto, ¿tienes el recuerdo que te pedí?

-Sí.

Daniela sacó unas hojas medio arrugadas.

-Toma.

-¿A mí de qué me sirve? Léemelo tú.

-¿Por qué yo?

-Porque ese es el sentido de esto.

Daniela sintió su corazón agitarse.

-Está bien...

cada sonrisa y su resto

dejando así sufrimientos

que solo quiero superar

y no aceptar tus errores.

¿Tan difícil es dejarme?

¿Tanto te cuesta olvidarme?

lo es pues estoy en consciencia

de lo que querían de mí.

A todos los que han confiado

les rompí las esperanzas

y mi pena no alcanza.

Soy inútil; he fallado."

Cuando Daniela terminó de leer tenía lágrimas en las mejillas.

Alejandro pensó en hacerle un comentario que le creara shock para que abriera los ojos. La abrazó.

-Perdón por pedirte que lo leyeras -dijo desechando su primera idea-. Creí que lo habías superado. No quería verte llorar.

-Debe ser por las hormonas... no son días fáciles, ¿sabes?

-No desvíes el tema. No quiero que reprimas más.

-¿Y qué vas a hacer?

-Ayudarte.

-¿Cómo?

-Con magia. Las personas como yo podemos hacerlo -dijo con la frase "los demonios podemos ayudar" rondando por su cabeza sin cesar-.

-¿Cómo harás magia?

-Haciendo un pequeño pacto contigo. ¿Confías?

-Confío.

-Muy bien. Vas a tomar mi mano, cerrar los ojos y todo lo que te diga hasta que los abras será cierto.

Daniela hizo caso.

-Si tienes ira aprieta mi mano con todas tus fuerzas.

-Okay.

-Ahora podemos empezar: estás en una habitación. Una leve brisa te relaja y crees estar en paz. No estás sola en la habitación -el pulso de Daniela comenzaba a hacerse más fuerte-. Yo no estoy en la habitación. Tienes una pelota blanda en la mano para desquitarte. Tienes los ojos

cerrados y tienes a alguien al frente. Esa persona es alguien que quiere hablar contigo. Comienzas a recordar todo lo que insistió y todo lo sentiste por él.

<<Es un maldito. ¿Por qué está aquí conmigo? ¿No le bastó con ser un imbécil tanto tiempo? ¿Debería hablarle?>> se decía Daniela sintiendo la turbia presencia de su ex.

-Esa persona te está mirando. Está sonriendo con maldad. Está esperando una respuesta. Sabe cuánto has guardado y quiere recibirlo. Cree que aún tiene una oportunidad contigo y que vas a perdonarlo. Cree que vas a rebajarte a su nivel y que lo aceptarás sin más. Cree que es perfecto y que tú crees que lo es.

Daniela apretaba la pelota blanda con furia y su pulso se había elevado montones. Su manos se había vuelto cálida.

-Quiere que le digas algo. ¿Qué vas a decirle?

-Perro infeliz... -comenzó Daniela con timidez- Eres un perro infeliz. ¿Por qué no me dejas en paz? ¿Por qué no puedes aceptar todos los errores que cometiste? ¿Acaso tanto me odias que quieres hacer mi vida miserable aun cuando ya no quiero que sigas en ella? ¡Lárgate! ¡No me vuelvas a hablar jamás! Ya me has hecho sufrir mucho. Nunca estuviste ahí, ¿por qué ahora quieres estar? ¿Por qué mejor no te vas con todas tus amigas a pasar un buen rato? ¿Por qué mejor no te olvidas de mí y me dejas seguir viviendo de una buena vez? Lárgate rápido, que no quiero volver a saber de ti. Ya me has hecho mucho daño, Arturo.

Capítulo 24

Vigésimo cuarto cuento: Ocio

No sabía si era un túnel o un plenilunio vista bajo el agua. Le gustaba mucho la idea de haber vuelto de la muerte, pero detestaba el cuello ortopédico y el yeso de su brazo izquierdo.

Se había llevado la peor parte del choque, pero seguía vivo incluso después de la muerte clínica y eso le hacía sentir mejor.

Lo más terrible del accidente era que tenía para estar unos días más en el hospital. Días de mucho tiempo de pseudo-ocio y, por ende, días para esperar y apreciar la vida en sí.

Recordó algo que había leído una vez en algún libro, revista blog, periódico u otro medio. Quería recordar las rutinas para el tiempo libre de Leo Masliah que tanto le gustaron, pero ver su pierna y brazo izquierdo enyesado le hacía perder las ganas. Sabía que no podría realizar la caminata y no podría aprovechar su tiempo libre como lo haría un buen loco. Tampoco podía hablar con algún conocido como solía hacer para entretenerse, así que se dedicó a observar a los que pasaban por el pasillo.

La programación de la televisión del hospital era aburridísima, pero era lo único que le impedía recordar que estaba solo en esa sala y que probablemente nadie lo iría a ver por tener una personalidad monstruosa. Lo estaba experimentando, pero no le bastaba para creer en el karma.

Miraba hacia todos lados para gastar el infernal tiempo libre que lo aquejaba. Quería que su familia se lo llevara a casa, pero "casa" ya había quedado atrás junto a su familia. Sonrió de una buena vez para alejar sus malos pensamientos.

Había logrado escapar durante mucho tiempo de su lado humano, pero ahí estaba con todo apuntando a favor del encuentro.

<<Si Dios existe y aún tiene poder sobre algo, de seguro que está metido en esto>> Se decía Arturo ignorando que Dios estaba ocupado luchando con Satanás en una dimensión extraña.

La inmovilidad le hacía sentir amarrado a una silla. Era momento de ver al tipo de la camilla y saber un poco más de él. Encontró las palabras que le dolían atascadas en su cabeza. Ahí las pronunció por dentro: seductor, despreocupado, ególatra, frío, narcisista, cruel, despiadado, déspota, mentiroso, manipulador, codicioso, aprovechador, malvado, indiferente y negativamente lujurioso. Ahora no había forma de huir de su realidad y

estaba ahí enfrentándose a lo que negaba ser. El maldito ser que era se mostraba sin tapujos ante lo poco que le quedaba de bondad. No había ningún conocido ahí que pudiera negar lo que su cabeza le decía. Ese monstruo que creó con los años para ser "exitoso" le estaba comiendo el alma de forma dolorosa.

Todo cuánto había creado y creído le estaba doliendo. La ausencia de visitas le hacía pésimo.

-Por suerte hay gente compasiva -dijo Alejandro en algún lugar como si oyera los lamentos de Arturo-. Sé que se puede hacer algo y tal vez deba hacerlo. Veamos qué pasará cuando no veamos con ese tal Alejandro.

Se rio y se dedicó a descansar una vez dijo esas palabras. Algo interesante se veía venir.

Capítulo 25

Vigésimo quinto cuento: Anonimato

Maite ya había descansado lo suficiente como para poder ir al cementerio y dejarle flores a su amiga.

Irónicamente le iba a dejar flores cada año en la fecha que ella se negó a matarla.

<<Y pensar que ella era mi amiga antes de matar a mis padres>> se repetía al salir del cementerio.

Llevaba ya un buen tiempo sin que alguien se le acercara y entablara una conversación seria. Los que decían apoyarla se fueron dos días después del incidente. Ella estaba sola contra sus recuerdos y sentía que nadie la iba a ayudar. Detestaba esa sensación y tal vez por eso le encantaba la enfermería. Quería ayudar a los otros tanto como le fuera posible en el hospital y, si bien no podía extenderse mucho por persona, sentía que le hacía bien al otro.

Había revisado su lista de cosas pendientes y encontró una llamativa: comprar zapatos.

Miró esos botines gastados y maltratados que le cubrían los pies y fue a la zapatería a ver si tenían algún modelo que le acomodara.

Vio la cantidad de sandalias en vitrina y se desanimó un poco. Le daba lo mismo estar o no a la moda; ella quería botines cómodos y, en lo posible, que fueran azul marino con líneas grises.

Ya había encontrado un par perfecto e iba a la fila para pagar. Un hombre vestido de negro avanzó y pasó a la caja.

-Vacía la caja en esta bolsa ahora y nadie saldrá herido -dijo mostrando su pistola.

El cajero tomó la pistola y le dio una bofetada para quitársela al ladrón. Le golpeó con agilidad la cara con el arma hasta que reaccionó retrocediendo.

Maite se vio entre los brazos del ladrón.

-Déjame ir o le retuerzo el pescuezo -dijo mostrando una navaja.

Maite le logró tomar y torcer la muñeca para que soltara el arma blanca. Adolorido y desconcertado, el ladrón se lanzó sobre el cajero, quien se

defendió con furia.

-Es mi primer día en este trabajo y no vas a arruinarlo. Más encima eres un novato. Tu pistola está sin balas. Debes estar muy necesitado...

Maité recordó la escena pasada hacía ya bastante tiempo con quien fue su amiga. Lo malo de haber estado en el ojo del huracán, sobrevivir y vivir anónimamente era que no podía borrar sus recuerdos del trauma.

Capítulo 26

Vigésimo sexto cuento: Comunicación

El cajero tenía un aire de simplón y un nombre que apoyaba la hipótesis de lo aburrido que era, pero en el fondo algo tenía. De haber sido correcto el juicio al que conducía su imagen y su nombre no hubiera frustrado el asalto.

Frustrar el asalto podía llevar a pensar que era un tipo valiente, tonto, loco o simplemente un suicida. Ahí estaba el problema: ¿Era tonto, loco, valiente, suicida o un simplón que se salió de lo normal? Por si las dudas, Maite volvió al local un rato después y habló con el cajero.

-Hola.

-Hola.

-Tanto tiempo...

-Sí. Más o menos media hora desde el asalto.

-Sí... ¿A qué hora sales del trabajo?

-En una hora más, ¿por qué?

-Porque quería ver si tenía tiempo de ir a vitrinear antes de que saliéramos -comentó con seguridad-. Si es que quieres que salgamos a tomarnos un café, claro -corrigió con timidez.

-Sería interesante. ¿Nos encontramos en la vitrina de este local en una hora más?

-Bueno.

El momento llegó con ligereza para ambos y no se habían dado cuenta cuando ya estaban sentados y esperando un espresso.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Maite cordialmente.

-Me llamo Manuel, '¿y tú?

-Maite.

-Qué curioso: ambos nombres comienzan con eme.

-No sé si te has dado cuenta, pero todo lo que ha pasado esta tarde entre nosotros ha sido curioso. Digo... el asalto... frustrarlo... que hayas aceptado este café conmigo. Que ahora estemos hablando...

-...Y todo en menos de dos horas. Creo que todo ha ido rápido.

-Y que lo digas. Me caíste bien.

-Y tú a mí.

-Pero tú no eres como yo.

-Eso no lo sabes. Tal vez tú también eres una persona de esas que en el fondo solo quiere conocer algo cercano a la felicidad.

-¿A quién no le gustaría?

-Es un hecho que a casi todos les gustaría...

-...Pero no todos lo demuestran. Sé a lo que vas, Manuel.

-¿Ves que no éramos tan diferentes?

Se miraron y rieron como niños tras hacer una travesura.

-Parece que no... De todas formas me gusta tener un poco de diferencia con los otros.

Manuel dio un sorbo a su café mirándola.

-Sí. Así es: me gusta tener pequeñas diferencias

-A mí me gusta ver las diferencias.

-¿Te gusta leer?

-Sí. A veces leo libros...

-¿Y qué otra cosa lees?

-Algo me dice que ya sabes la respuesta.

-Sí. La sé, pero quiero saber cómo y para eso es mejor ir desde el principio, Manuel.

-Entonces voy desde arriba: A veces leo libros, pero por lo general leo los rostros de las personas y las palabras que esconden al hablar. Podría

decirse que me gusta leer los ruidos. ¿A ti te gusta leer?

-Sí, pero suelo leer libros para no leer a las personas. O sea... no te voy a negar que leo a la gente y que me gusta hacerlo, pero es un placer culpable -comentó antes de beber un sorbo de su café-. Supongo que no siempre uno puede tener lo que quiere.

-Tal vez... Tal vez puedas luchar para obtener algo que nos ayude a todos.

-Ya lo he hecho: soy enfermera.

-Con razón te me hacías conocida: tú me hiciste pasar a ver a Tania.

-Qué loco este mundo, ¿no?

-Sí. A veces creo que Dios no tiene nada mejor que hacer que cruzar las vidas de las personas.

Pero Dios poco tenía que ver en esa situación. Dios seguía peleando con Satanás en alguna dimensión extraña. Aunque en el fondo ya no estaba peleando, sino que estaba tratando de sobrevivir al juego de Satanás.

-Parece que no tiene nada mejor que hacer.

Manuel se detuvo durante un segundo.

-¿Lentes de sol? Ha estado nublado todo el día.

-Es una conmemoración hacia alguien que murió hace años.

-¿Enserio?

-Sí.

-¿Cómo murió?

-Eso mejor hablemoslo en un rato más en mi casa.

-¿Prefieres que sea así?

-Sí.

Bebieron el café con ansias y pidieron la cuenta rápidamente. Sabían que querían llegar rápido y hablar de verdad. Él la llevó en su modesto y pequeño auto. A ella le causaron ternura los perritos que llevaba de

adorno.

-No creo que este auto te lo hayas ganado trabajando de cajero.

-Tienes razón: me lo compré con el dinero de la especulación. Podría haberme comprado un auto mucho más lindo, pero este me daría menos consumo de combustible y no me haría sentir tan solo cuando no hubiera nadie.

-¿Me puedes explicar eso?

-Lo haré cuando hayamos llegado a tu casa.

Capítulo 27

Vigésimo séptimo cuento: Loco y absurdo

Llegaron y ella le abrió las puertas de su casa. Maite miró a Manuel con una sensación extraña. Ambos estaban muy nerviosos.

-Bueno, Manuel, creo que ya puedes contarme sobre lo de la especulación.

-Bueno: hace unos años me vi obligado a invertir en la bolsa. Tuve suerte de haber ganado lo suficiente con las acciones en poco tiempo. La empresa era espectacular. Sus acciones iban a subir rápido después de que empezara la publicidad. Todo fue según creí y el movimiento de las divisas me hizo ganar lo suficiente como para saldar una deuda.

-Interesante, pero... ¿Por qué dices que te viste obligado?

-Porque estaba en la calle.

-¿Cómo?

-Es normal cuando se quema tu casa.

-¿Y tú familia? -preguntó escondiendo la mueca de dolor que se le hacía siempre que mencionaba esa palabra.

-La única parte de ella a la que podía ver sin herir murió en la casa tras haberse inflamado la cocina. Era mi tía y ya estaba entrada en años. Quizás se le armó un coágulo o algo.

-¿Y cuánto tiempo estuviste en la calle?

-Lo que se demoró mi único gran amigo en salir del hospital.

-¿Qué le había pasado?

-Lo golpearon unos homofóbicos la misma noche en que le rasgaron el vestido. Sospecho que eran evangélicos -dijo antes de que ambos se echaran a reír-. Me dolía un poco saber que le habían hecho eso. Eran tiempos difíciles para mí.

-¿Por qué tan así?

-Porque me había dejado mi novia y acababa de quemarse mi casa tal vez

-dijo con un tono extraño.

-Ya veo... ¿Y cómo saliste de esa situación?

-Invirtiendo.

-¿Y no te convenía más usar el dinero en un arriendo?

-Acabas de tocar el punto más complicado de la historia. ¿Recuerdas lo que le dije al ladrón?

-Más o menos.

-Bueno. Yo también he robado. No con violencia, pero fue una suma importante de dinero que saqué de la casa de una pareja recién mudada. Me sentí de maravilla cuando les devolví el favor.

-¿Cómo?

-Verás: Les robé mucho dinero que usé para invertir e incluso le apunté con la pistola a Armando y me fui. Ellos creyeron que no se los devolvería, pero lo hice apenas me resultó lo de la bolsa. Creo que te toca a ti. ¿Quién murió?

-Alguien que decía ser mi mejor amiga. Ella mató a mis padres y luego nos enfrentamos. Al final se suicidó. Sé que te lo resumí, pero no hay mucho más que contar.

-¿Se llevaban muy mal?

-Creo que tenía algo de envidia y un problema mental. Lo peor es que se fue tras haberse llevado a mi padres. Desde ese entonces que trato de no hablar mucho con gente.

-¿Entonces por qué estamos aquí?

-Porque creí que sería bueno poder tener contacto con alguien más. Comunicarme con alguien, oír una historia. Creí que me gustaría hablar con alguien después de haberme vuelto una especie de sombra. Bueno, si he hablado, pero nunca tan cercanamente.

-¿Y te gustó?

-Me encantó. Creo que fue una locura, pero hasta ahora me ha encantado.

-¿Te han dicho que eres una persona espectacular?

-Sí, pero ninguno de los que lo ha hecho me conoce bien ni les he dado la oportunidad de hacerlo.

-Sería bueno que... No sé... Me des esa oportunidad -dijo con nerviosismo.

Maite se sonrojó. Sintió por primera vez desde hacía mucho que alguien le estaba siendo sincero. Le tomó la mano.

-Eres un...

-¿Un?

-Un maldito...

-¿Por qué?

-Porque supongo que sabes que quiero que nos conozcamos más.

-Temía que no fuera así.

Manuel cerró los ojos, Maite respiró hondo y lo besó con desesperación. Al relajarse se separó.

-Perdón. No quería ir tan rápido -dijo ella con voz lastimosa.

Manuel la besó de vuelta.

Esa noche tuvieron miedo. Estaban abrazados como si todo fuera a desaparecer. Dos soledades se encontraban y entrelazaban tras mucho tiempo de andar perdidas. Querían verse. No sabían si se amaban, pero querían estar juntos. Era una locura realizada en tiempo récord.

-¿Sabes? -dijo Maite entre los brazos de Manuel- Creo que eres especial.

-Yo creo lo mismo de ti.

-¿En qué sentido?

-En el sentido de que me muestras mundos diferentes...

-...Pero parecidos al tuyo...

-Exacto.

-Todo esto ha sido muy loco.

-¿Acaso no te gustó?

-Me encantó.

Ninguno quería decirlo, pero sentía como si se conocieran desde toda una vida.

Capítulo 28

Vigésimoctavo cuento: Dolor

Tania creía que se había encontrado con Daniela, pero en realidad fue al revés. Daniela sentía una pequeña presión en el pecho que la llevó a pasar cerca de una zapatería. El ambiente estaba tranquilo y el clima era bastante agradable para sentarse en alguna banca del centro comercial. La idea le gustó y la llevó a cabo tras comprarse un helado de piña.

Tania vio a Daniela y la saludó con interés evidente.

-Hola, Tania... ¿Cómo estás?

-Mal.

<<Me lo imaginé>> pensaba Daniela.

-¿Qué te pasó?

-Manuel...

-¿No que ya habían terminado?

-Es que no es tanto él.

-¿Y quién es el culpable entonces?

-Creo que yo, pero es por él.

-No estoy entendiendo una sola palabra. Explícame con calma, que yo no voy a decir nada hasta que termines.

-No puedo calmarme... Es que a pesar de todo quiero tenerlo a mi lado. Hace poco me tragué un frasco de pastillas y cuando salí del hospital no le importó mi vergüenza. Me siento tan ninguneada por él. Hablamos hace poco y me dijo cosas tan raras.

-¿Qué te dijo?

-Me dijo que no quería estar conmigo. Que estaba dispuesto a ayudarme, pero que no quería volver a estar conmigo y que no quería estar tan cerca. Después de todo lo que me dijo... Después de que me hizo creer que yo le importaba y que me ayudaría a sobrellevar la depresión de verme cada día... Ahora ya no quiere dedicarme el tiempo que antes me dedicaba y ya no hay nada. Nada de nada para mí. Quiero tenerlo cerca. No puede ser de otra forma. Me duele mucho saber que me convertí en

un monstruo tan terrible que ya no quiere estar conmigo.

-Sinceramente, amiga, no sé qué responder ni cómo responderte -dijo abrazando a Tania-.

-Creo que necesito consejo...

-¿De cualquiera?

-De cualquiera que sepa sobre esto.

-Tengo alguien que puede decirte bien las cosas.

Daniela llamó a Alejandro y éste llegó al cabo de quince minutos. Tania le contó la historia y recibió una respuesta tras unos segundos de silencio.

-¿Quieres tenerlo a tu lado o quieres estar con él?

-Ni siquiera yo misma lo sé.

-Supongo que quieres sentir que es tuyo.

-Sí... Es terrible.

-¿Te has puesto en sus zapatos?

-No estoy como para hacerlo.

-Tuviste tiempo para hacerlo cuando estaban juntos. ¿Por qué terminaron?

-Porque él decía que probablemente viviera poco.

-¿Y?

-Que no quiero sufrir.

-¿Y acaso no sufriste? ¿Acaso tuviste éxito? Te tengo una respuesta que no querrás oír, Tania.

-Quiero oírla. Sea buena o mala.

-Está bien... Ahora crees que estás desamparada, pero debe ser por algo. No es que él no te quiera, sino que no quiere estar cerca. Suena muy doloroso que terminen contigo por considerar la muerte como algo posible y real. Me imagino cuán difícil debió hacérsele sobrellevar eso.

-Pero ahora yo estoy mal.

-Él la pasó mal primero. Es por eso que ahora no quiere estar cerca de ti. Incluso hizo el gesto de ir a verte tras un intento de suicidio.

-Pero no me ayudó.

-¿Te condenó acaso? ¿Te dijo algo malo?

-Sí. Me dijo que no quería estar conmigo y eso me duele.

-¿Y qué clase de masoquista se va con quien lo deja por una razón tan insignificante? Créeme que él te quiere. Yo no hubiera querido verte ni en pintura o me hubiera vengado acabando con lo poco de vida que te queda, pero él se acercó y te dijo que no quería estar contigo. Eso en ningún momento significa que vaya a dejar de estar ahí; lo que pasa es que quiere alejar sus sentimientos de ti.

-Pero yo necesito su cariño o algo.

-No. A mí me huele como que lo que quieres es sentir que lo estás dominando. Te falta algo que te pueda alzar el ego y es por eso que te deprimiste, te tragaste el frasco de pastillas y me odias por decirte las cosas con crueldad.

-No te odio.

-Aparte de maquiavélica, eres una hipócrita.

-Y tú un imbécil sin tacto.

-Tengo tacto contigo. Por eso es que te hablo así. Tal vez así te des cuenta de que no le haces bien y que deberías cambiar antes de pedirle algo.

-He cambiado.

-Demuéstraselo.

-No tengo cómo hacerlo.

-Eso es consecuencia de lo que le hiciste. Si quieres demostrar que has cambiado buscarás una oportunidad o incluso la generarás.

Tania se paró y se fue frustrada.

-Ay, Alejandro...

-Ojalá funcione haberle dicho las cosas así. De lo contrario solo la dañé gratis.

-Le haces un favor al mundo. Ella es una mujer interesada y cruel. Se merece que la traten mal.

-¿Y si se suicida esta vez?

Daniela no contestó. Desde su interior no podía contestar.

Capítulo 29

Vigésimonoveno cuento: Final

Fernanda paseaba con Armando lentamente por la plaza. Buscaban un lugar tranquilo para sentarse y conversar como en los viejos tiempos.

La tranquilidad se hacía presente con suaves brisas y cantos de pájaros. Para algunos eran golondrinas, para otros gorriones y para el público general solamente un pájaro cualquiera. La banca ideal miraba a la calle y sus autos.

Entre el cantar de las pequeñas aves se oyó un llanto estallar. La joven corría entre lágrimas desesperadas con ganas de llegar rápido a donde sea que iba.

Se detuvo sin saber dónde estaba. Primero vio la parte frontal venir y luego salió hacia atrás. La mano de Armando la había sacado de peligro. Era como si alguien externo no quería que muriera.

El celular de Daniela sonó y la sacó de su trance.

-¿Aló?

-Aló. ¿Nos podríamos encontrar antes en el parque del hospital?

-¿Alejandro?

-Sí.

-¿Qué tan antes?

-¿En media hora más?

-Estás de suerte: Alejandro está a mi lado.

-Perfecto; nos vemos.

Armando y Fernanda habían salido a pasear al parque del hospital. Estaban tranquilos en una banca como en los viejos tiempos. Disfrutaban de la tranquilidad y la armonía reinante en el lugar en la fresca brisa que había cerca de la calle perpendicular a la avenida.

La armonía del parque se fue cuando un llanto se desbordó. Una mujer a todas luces descompensada comenzó a correr.

No sabía por qué corría ni hacia dónde iba. Solo entró en consciencia cuando vio un auto acercándose. Sintió cómo se iba hacia atrás repentinamente gracias a la mano de Armando.

La mujer se limitó a llorar y pasarle un papel a Armando. No podía articular palabras.

Armando marcó apresurado el número de celular que aparecía allí.

-¿Aló?

-Hola... ¿Armando?

-¿Manuel?

-¿Qué pasa?

-Una tipa me dio un papel con tu número. Está muy descompensada. Estamos en el parque del hospital.

-Voy.

<<Maldita. Estoy casi seguro de que es ella. Es una perra de aquellas. Después de que se molestó porque yo creía que moriría primero...>> se decía Manuel mientras partía. Sabía que no debía, pero se preocupaba por ella.

-Manuel, ¿pasó algo?

-Sí. Creo que es mi ex otra vez.

-Quiero acompañarte.

-No lo hagas. Ni siquiera yo sé cómo reaccionaré.

-No me importa. Esto suena difícil y no voy a dejarte solo. Sé que apenas te conozco, pero si puedo ayudar...

-Eres... Eres un amor de persona.

-Vamos -dijo tomándole la mano-. No estás solo.

Tania lloró hasta que Manuel y Maite llegaron al lugar.

-Deja de hacer esto -comenzó Manuel-. Me asustas.

-¿Ya ves lo que se siente que el otro pueda morirse?

-Yo nunca dije que me suicidaría. ¿Jugaste con tu vida solo para hacerme ver esto?

-No es eso... Es que necesito ayuda.

-Ya me di cuenta. Entiende que puedo ayudarte, pero no volver a involucrarme contigo.

-¿Por qué no?

-Porque me dejaste en el momento más crudo de mi vida. No contestabas mis llamadas e ignorabas mis mensajes. Debí vivir en la casa de un amigo unos días con la peor depresión porque mi tía murió cuando se quemó la casa. Y tú no estabas ahí...

-Perdón. No me sabía esa parte de la historia.

-Te perdono, pero no te dejaré volver a herirme.

Daniela distinguió a Tania y tironeó de la manga a Alejandro y fueron para allá.

Manuel se había dado la vuelta y Maite lo estaba consolando. Tania veía cómo el mundo se caía y Maite no vio cuando Tania cayó sobre ella.

Tiró del pelo a Maite con furia y ésta se la sacó de encima para enfrentarse en una escena que en el fondo no era lo que parecía. No peleaban por un hombre, sino que peleaban para defenderse de la monstruosidad de Tania.

Alejandro corrió y tomó a Tania mientras que Manuel hacía lo mismo con Maite. A Maite la escena se le hacía incómodamente familiar.

-¡Alto!

-¿Y tú quién eres? -preguntó Armando.

-Me llamo Alejandro y vengo a decirles unas cuantas cosas.

-¿No ves que estamos ocupados?

-No lo están. Vine a detener esto. Ya han ido demasiado lejos.

-¿Qué? -comentó con incredulidad Fernanda.

-Soy su creador y vine a decirles que su historia termina aquí. Todos ustedes tendrán vidas imaginarias porque ya no seguiré escribiendo sobre ustedes. Son demasiado para cualquiera y ya no los soporto. Hay demasiado sufrimiento aquí y prolongarlo solo me hará más morboso. Ahora que vine de visita a reunirlos en un mismo espacio resulta que Tania se trata de suicidar... No puedo seguir con esta tortura. Espero lo comprendan muchachos, pero no voy a resolver esto.

Todos guardaron un silencio sepulcral tras esas palabras. Nadie podía siquiera creer que había sido creados como un entretenimiento.

-Bueno, chicos, ahora son libres. Pueden hacerlo todo. Yo ya no escribiré más sobre esto. Este es el fin. ¡He dicho!

Capítulo 30

Trigésimo cuento: Las últimas palabras.

Dios ya estaba cansado de tanto luchar. Tiró sus armas y se rindió.

-No saldrás vivo de aquí, padre.

-No me importa. Mátame de una vez.

-Veo que por fin has cedido -comenzó apoyándole el filo de la espada en la clavícula-... ¿Sabes? Creo que por fin vendrá algo parecido a la paz. Ah, verdad que iba a terminar con...

Dios tomó el arma de Satanás y la botó, pero a esas alturas Satanás tenía la fuerza de Dios con creces. Satanás redujo a Dios tirándole los brazos desde la espalda y le atravesó el cuello con la espada.

-... ¡He dicho!

Un temblor sacudió los pies bajo Alejandro y una luz cubrió la entrada de Satanás.

-¿Y tú? ¿No que estabas peleando con Dios?

-Sí. Ya lo maté.

-Como sea, yo me voy de aquí. Esto no debe seguir.

-Así es, Alejandro, pero esto debe tener un final -le dijo tomándolo por el hombro.

-Aléjate. Todos ustedes saldrán de todo. Fin.

Daniela tomó la mano del demonio Alejandro y éste sintió el cristal. Alejandro se acercó al autor ante la perplejidad de todos y le golpeó la cara con todas sus fuerzas.

-¿Quién te crees para venir a jugar con nuestras vidas? Eres una persona repugnante.

-Sí. Soy repugnante en todas mis dimensiones. Por eso es que no les daré un final. Ya. Me voy. Déjenme en paz.

-No -dijo Satanás.

-Lo siento, viejo, pero no vas a impedir que me vaya.

-Sí. Vas a irte, pero no sin oír a tus personajes.

-Maldito -dijo Tania llorando-. Me convertiste en un monstruo abandonado y solitario. Te odio...

Manuel se acercó.

-Qué alegría más grande tener al imbécil que creó mi historia. Por mi parte bien; he aprendido mucho, pero es a mi amigo Ariel al que le duele. Ya casi no sale de casa porque lo golpearon y supongo que tú tienes algo que ver.

Alejandro se quedó mirando cuando Daniela lo miraba con rechazo.

<<Es una encarnación del concepto romántico de ángel>> pensaba el demonio Alejandro.

Daniela se retiró a los brazos de Alejandro. No entendía mucho por qué sentía tanta ira, pero la sentía. Alejandro le dio la mano para que la apretara.

Armando y Fernanda se quedaron en silencio.

-Este no es tu lugar -dijo Armando palmeándole el hombro.

-Míranos -dijo Fernanda-: todos golpeados, débiles, preocupados... Incluso hay uno en el hospital por tus caprichos.

-Ese mismo que quería seducirte -dijo Alejandro antes de recibir una bofetada de Fernanda.

Alejandro resistió silenciosamente.

-Hola. Supongo que ya sabes quién soy y por qué tengo bajo perfil... Creaste un monstruo que mató a mis padres y que se suicidó -dijo comenzando a llorar-. Vi a mi mejor amiga morir...

Alejandro recibió una bofetada más, pero esta iba con el odio de un dolor intenso.

Satanás se paró ante el diablo.

-Eres un insolente, Alejandro. Crees que puedes crearnos y dejarnos así como así... Hablo en nombre de todas las creaciones presentes en esta historia cuando digo que no quiero verte aquí. Quedas exiliado por la

autoridad máxima de este mundo.

-Adiós, muchachos...

Un fuego fatuo lo envolvió y creció hasta que no se pudo distinguir nada de él. Desapareció junto con la llama.

Todos suspiraron aliviados antes de irse.

Fernanda y Armando se sorprendieron al ver que Arturo estaba tranquilo y enyesado en su camilla. Le contaron la historia del autor, pero no la creyó. Lo mismo pasó con Maite y Armando cuando le fueron a contar a Ariel lo sucedido.

Daniela y Alejandro se quedaron con Satanás.

-Satanás... ¿Y Dios?

-Tuve que matarlo. Fue a enfrentarme al infierno y debí hacerlo.

-¿Y qué pasará con los ángeles? ¿Morirán?

-No. Ellos quedarán a mi alero. No te preocupes por ella.

-¿Daniela es un ángel?

-Sí, y de esos que ya no salen. Deberías cuidarla de este mundo. Dios ha metido demasiado sus manos en esto y creo que me costará trabajo arreglar sus desastres.

-Creo que lo sospechaba -comentó Alejandro.

Daniela lo miró como un pájaro herido.

-Debo irme, Alejandro.

-Adiós, Satanás.

Esa tarde la brisa era más agradable. Era como si Gaia hubiera suspirado aliviada también.